

Mas luego de la vida  
Volvia la celeste desterrada  
A la afanosa realidad; y unida  
A la de *Magdalum*, jóven amada,  
Llevaba ardiendo en amoroso anhelo  
El bálsamo divino del consuelo  
Del mendigo á la choza derruïda;  
A la infeliz guarida

Del leproso á la vista repugnante,  
Como madre solícita, anhelante,  
Que en el seno materno al hijo caro  
Guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorria,  
Y á la llorosa viuda consolaba;  
Y pobre de tesoros terrenales  
Con los menesterosos compartia  
Los bienes celestiales  
Que en su gran corazon atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas  
De la alma compasion, cuando su pecho  
Cumplido habia, al templo do el cristiano  
De contrición en lágrimas deshecho,  
A aquel de soberanos soberano  
Sus preces elevaba,  
Con Magdalena y Juan se encaminaba.

Y su divino labio allí á torrentes  
De la fé las verdades elocuentes  
Copioso derramaba  
Sobre los fieles á su voz unidos,  
Que escuchaban de gozo enardecidos  
De su divino acento  
El fecundo y piadoso enseñamiento.



Jamas aquella ley hija del cielo  
 Cuya base mas firme y mas segura  
 Es el divino amor, tuvo en el suelo  
 Tan elocuente esplicacion: la impura  
 Doctrina del pagano, combatida  
 Por la palabra de virtud y vida;  
 De su anterior prestigio despojada  
 Lidiaba aún, feroz, desesperada,  
 En sus ciegos furores,  
 Moribunda en verdad, mas no vencida.

Aun surgen los altares  
 De los nefandos númenes traidores  
 Coronados de ofrendas y de flores:  
 Millares de millares  
 De hombres ilusos al error uncidos  
 Y en el mar del pecado sumergidos,  
 Lidian por el error: la sangre humea  
 De torpes sacrificios, en las aras  
 De Moloch y Belial, cuando aun el viento  
 De la mañana orea  
 Allá del negro Gólgotha en la cumbre  
 La sangre del Señor, y monte y llano  
 Aún repiten su acento soberano,  
 Tibios aún de su divino aliento!

El robusto cimiento  
 De esclavitud y torpe tiranía,  
 Donde estaba sentada  
 La magestad de Roma, ya cedia  
 No al empuje violento  
 De la bárbara plebe amotinada;  
 Ni á la indomable y brusca acometida  
 Del esclavo que rompe su cadena:  
 En la sangrienta arena  
 En vano fuertes Catilina y Graco  
 Por la alma libertad honor y vida  
 Espusieron, y en raptó generoso  
 Su noble sangre derramó Espartaco:  
 —La religion caduca ya vencida  
 Del negro paganismo,  
 Arrastraba el imperio al hondo abismo  
 Desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,  
 Esclava del horrendo soberano  
 Del reino del dolor y la amargura,  
 Ardiendo en saña impura  
 A combatir se apresta frente á frente  
 La palabra de un Dios Omnipotente:  
 Sus fuertes escuadrones,  
 Sus verdugos prepara y sus leones:



Mas, ¿qué son los tormentos,  
 Qué el número infinito de soldados,  
 De los fieles de Cristo denodados  
 Contra los indomables corazones?  
 No á la lid turbulentos  
 Ardiendo en torpe cólera se lanzan,  
 Oponen al furor la mansedumbre  
 Del divino Cordero;  
 La blanda persuasion al crudo acero;  
 Y acaso el triunfo alcanzan  
 Aun só el yugo de férrea servidumbre,  
 Oponiendo al rencor de su tirano  
 El amor y paciencia del cristiano.

Miriam fué la columna luminosa  
 Que en la borrasca impía  
 De la noche del mal caliginosa,  
 Fué á la naciente Iglesia claro guía:  
 Cual madre cariñosa  
 A los sencillos neófitos mostraba  
 La eternidad y la escelencia suma,  
 De la ley que su labio predicaba.  
 Y nunca humana pluma,  
 Ni humana voz, ni entendimiento humano,

Ni aun de los mismos hombres que vivieron  
 Al lado de Jesus, y de él oyeron  
 Su celeste doctrina;  
 Ni el indecible encanto soberano,  
 Ni la dulzura y persuasion tuvieron  
 De aquella voz divina.  
 Las profundas tinieblas que ofuscaban  
 Aquellas mentes rústicas, cual nieve  
 Acumulada en el invierno frio  
 Que derriten los fuegos del estío,  
 A la voz de Miriam se disipaban.

Así al ruido de su planta leve  
 Los congregados fieles prorrumpian  
 En himnos de placer: el crudo lloro  
 Cesaba entonces, y en alegre coro  
 Con unánime voz la bendecian.





## VI.

Pero ya la fructífera cimiento  
 De aquel divino sembrador crecía,  
 A pesar de las recias tempestades  
 Que del bátratro horrendo la malicia  
 Contra ella suscitó por mar y tierra,  
 Con suma esplendidez y lozanía.  
 La refulgente luz del Evangelio  
 En estensas regiones difundida,  
 No había menester cuidado alguno  
 Para acrecer su llama siempre viva,  
 Y la reina del cielo fatigada  
 De esta mansion de llanto y agonía,  
 Volvió los ojos hácia aquellos campos  
 De perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos  
 A este destierro de dolor la unian  
 Solo quedaba Juan: ya Magdalena,  
 Compañera leal y tierna amiga,  
 Volado había á la mansion celeste,  
 En el llanto dejándola sumida;  
 Como una flor que al postrimero rayo  
 Del sol en cuya luz su ser bebía,  
 Cierra el rosado caliz lentamente  
 Y sobre el leve tallo cae marchita:  
 Desde la muerte de Jesus, la jóven  
 Privada de la fuente de agua viva  
 En cuyas puras ondas mitigaba  
 Su abrasadora sed; las purpurinas  
 Rosas de su semblante, que á las flores  
 Del plácido vergel dieran envidia,  
 Perdió.—Jamás sus amorosos labios  
 Volvieron á dar paso á una sonrisa;  
 Y poco á poco, sin dolor ni susto  
 Ni esfuerzo, fué apagándose su vida,  
 Como en las ramas de la selva umbrosa  
 La brisa de la tarde blanda espira.

Mas antes de partirse á los eternos  
 Lares, aun visitar quiso MARIA,  
 Los santos sitios dó la inmensa obra  
 De nuestra redencion se vió cumplida;



Y el deseo de su alma conociendo  
 El amado y amante Evangelista,  
 Con ella se embarcó en velera nao  
 Que enderezaba el rumbo á Palestina.

Serena está la mar: sobre sus olas  
 Que las nocturnas auras leves rizan,  
 Rápida voga la feliz galera  
 De su carga inmortal envanecida.  
 Ya divide orgullosa aquellos mares  
 De plata y de zafir que las divinas  
 Regiones bañan, fortunada cuna  
 Del arte y de la egregia poesía.  
 Surge *Chio* del piélago espumoso,  
 Cual de un arroyo en la argentada linfa  
 Levanta acaso el cisne su alba frente  
 Que á los rayos del sol fúlgida brilla;  
 Y cuando aún, al fin del horizonte  
 Se ve como una vaporosa cinta,  
*Lesbos*, la patria del sublime Alfeo  
 Y de *Safo* la amante poetisa,  
 En medio de las ondas se levanta,  
 Cual *Venus* bella, como *Juno* altiva.  
 Despues, la patria de *Esculapio* surge,  
 La noble *Delos*; *Rodas*, la divina,  
 Y *Chipre*, paraíso del deleite  
 Dó fué la religion torpe lascivia.

Y en breve, vacilando en el espacio,  
 Como tal vez el águila atrevida  
 Cuando cerca del sol se cierne, vióse  
 Un punto negro en la region vacía  
 Era el pico final de la montaña  
 Dó levantó un profeta en otros dias  
 Altares á *Miriam* y le dió culto;  
 Al través de las lóbregas neblinas  
 De lo futuro, alegre contemplando  
 A la estrella del mar enaltecida.  
 Y el viage prosiguiendo, á la alborada  
 Serena y pura del siguiente dia,  
 A vela y remo entró la leve nao  
 En uno de los puertos de la Siria.

